

Reflexiones de un Sínodo

PECADO SOCIAL Y RECONCILIACION

Eduardo J. Ortiz

Como ya es conocido por las noticias de prensa, el Sínodo de Obispos de la Iglesia Católica celebró en Roma su VI Asamblea Ordinaria del 29 de septiembre al 29 de noviembre de 1983.

El tema era esta vez "La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia".

EL FIN FUNDAMENTAL DEL SINODO

Es fácil percibir en él una doble vertiente: se puede considerar a la reconciliación preferentemente como a uno de los siete sacramentos, o como a un Sacramento con mayúscula, es decir, como a un signo del compromiso de Dios con la humanidad dividida y doliente.

Y en efecto, las diversas intervenciones de los Obispos reunidos privilegiaron alternativamente uno u otro aspecto.

Respecto al primero hubo un reconocimiento general de que la práctica de la confesión sacramental había decaído drásticamente. Los remedios propuestos en la primera ronda de opiniones giraron en torno a valorizar y asumir los signos rituales de reconciliación presentes en otras culturas (propuesta común sobre todo en países donde el cristianismo es minoritario), ampliar las posibilidades de absolución general abiertas por el ritual de 1973, reconsiderar la posibilidad de extender el ministerio de escuchar confesiones a algunos laicos (propuesta presentada oficialmente por la Conferencia Episcopal Brasileña).

Pero resultaba más cuestionador y exigente, y por lo mismo más polémico, hablar de la misión reconciliadora de la Iglesia en el mundo.

Ya el Cardenal Carlo María Martini, Relator Oficial, señalaba en su ponencia introductoria que "el fin fundamental del Sínodo es precisamente esclarecer y profundizar la conexión existente entre la realidad personal del pecado y los numerosos males sociales que afligen a nuestra sociedad ... Conviene considerar, ante todo, la relación entre el pecado y el fenómeno doloroso de las dramáticas divisiones y tensiones que afligen a la sociedad actual".

En torno a este aspecto fundamental las tomas de postura más defini-

das vendrían sobre todo de los Obispos Latinoamericanos, aunque también Asia tomó parte en el debate en forma significativa.

Dentro de América Latina serían dos Cardenales brasileños los más explícitos.

"El elemento que más impide hoy la reconciliación —diría Aloisio Lorscheider, antiguo presidente de la Conferencia Episcopal Brasileña y del CELAM— es el espíritu y el fenómeno de la dominación. En esta situación la Iglesia no se debe presentar nunca al mundo como dominadora, sino como servidora. El camino de la Iglesia es la pobreza, la persecución, la humildad, la abnegación, y no la gloria terrena. Toda la obra evangelizadora de la Iglesia debe partir de los pobres, que se ven injustamente privados de los bienes que Dios ha creado para todos. La Iglesia debe cambiar su lugar social. Debe colocarse decididamente al lado de los pobres, víctimas de un sistema estructural antievangélico".

Por su parte Evaristo Arns, Arzobispo de Sao Paulo, hablaría de dar testimonio en defensa de la vida y la justicia. "Sabemos que la vida está amenazada constantemente, sobre todo la vida de los pobres, de los pueblos en vías de desarrollo y de las poblaciones desarraigadas ... En los primeros tiempos del cristianismo los paganos consideraban cristianos a los que no se aprovechaban de los bienes de los pobres y no los explotaban. Hoy, por el contrario, países que se llaman cristianos imponen al Tercer Mundo cargas insoportables, porque privan a pueblos enteros de las condiciones esenciales para sobrevivir ... La paz y la pobreza no podrán nunca vivir juntas".

No menos enérgico en sus expresiones fue Henry Sebastian D'Souza, arzobispo de Cuttack-Bhubaneswar (India). "Asia es víctima del pecado 'estructural'. Asia es un continente rico, pero su población es pobre. Las fuerzas que llevan a la pobreza al continente asiático son el sistema comercial mundial, el militarismo, las multinacionales y la política internacional de los bancos. En el pasado la respuesta cristiana ha sido la ayuda y la caridad. Hoy se impone una nueva exigencia: sensibilizar las conciencias ante las graves consecuen-

cias de las injusticias que dependen de las estructuras".

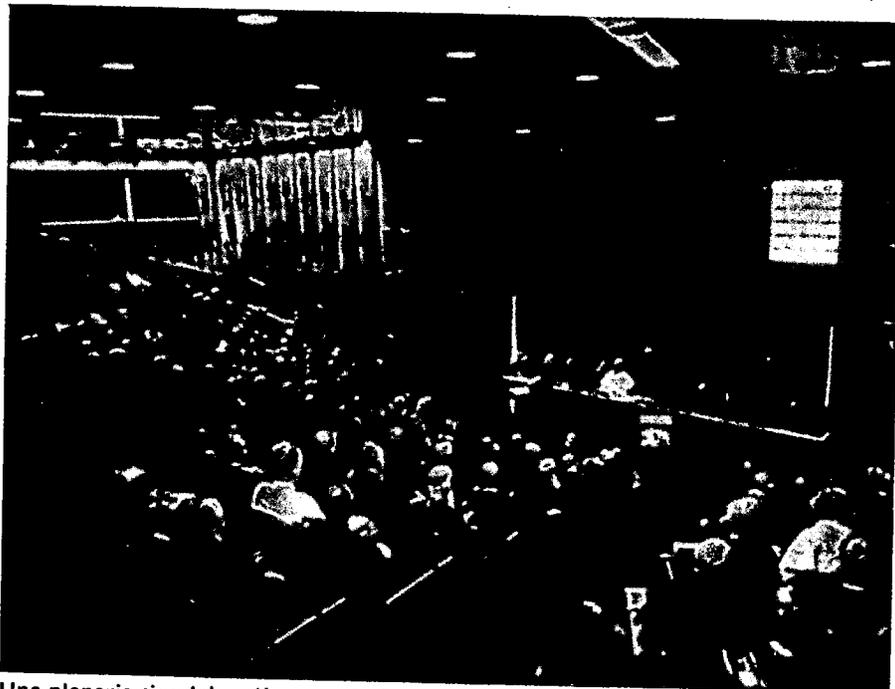
Expresiones más concisas en el mismo sentido sonaron una y otra vez en el Aula. "Las naciones ricas deben dejar de explotar a los pobres" (S.F. Hamao-Japón). "Las exigencias del evangelio no permiten que el pobre sea pisoteado" (J.L. Sin-Filipinas). "La Iglesia debe compartir los sufrimientos humanos, y trabajar en orden a la solución de los conflictos y a la reconciliación entre los pueblos" (D. Worlock-Inglaterra). "Debemos afrontar la situación derivada de la pobreza extremada de millones de personas que viven en contacto con la riqueza exagerada de unos pocos" (R.S. Ndingi-Mwana'a-Kenya). "La causa principal de la guerra fratricida que sacude a nuestro país es la situación de injusticia, fruto de pecados personales que se han enquistado en estructuras que contradicen el plan del Creador." (A. Rivera y Damas-El Salvador).

Otros participantes prefirieron llamar la atención sobre las exigencias intraeclesiales de tales denuncias, ya que no se puede acusar al mundo de injusticia, sin comprometerse de puertas adentro.

"Comiencen a reconciliarse entre las Iglesias y después nos hablarán de reconciliación personal y familiar", oía decir a sus connacionales A. Varthalitis, Presidente de la Conferencia Episcopal Griega.

La mayor parte de quienes se expresaron en este sentido insistían en diversos aspectos discriminatorios en las estructuras eclesísticas. "Estos son los problemas que exigen reconciliación dentro de la misma Iglesia: la situación de los divorciados que se han vuelto a casar, el lugar de la mujer en la Iglesia, la situación de los sacerdotes que han abandonado el sacerdocio, el pluralismo" (P. Verschuren-Finlandia).

Este último aspecto del pluralismo sería de nuevo desarrollado ampliamente por el Cardenal Lorscheider: "¿Qué decir de las sospechas lanzadas por unos contra otros dentro de la Iglesia? Sospechas de herejía, de cisma, de falsa interpretación del Magisterio, como si sólo una parte fuese católica. Que la Iglesia proceda más por el camino del diálogo



Una plenaria sinodal en tiempos de Pablo VI.

que por el camino de la autoridad. La guerra nace siempre donde el corazón muere”.

Eventos posteriores dentro del mismo Sínodo revelarían trágicamente lo necesario (e inútil) de estas llamadas a la reconciliación.

RECONCILIACION Y LIBERACION

En efecto, a más de uno le disgustó esta presencia molesta e inquietante de temas como la injusticia y la pobreza que podían enturbiar el ambiente y dividir aún más a los cristianos.

Algunas voces podían ser interpretadas más que todo como un alerta. No sacudamos nuestra responsabilidad personal achacando todos los males a un pecado social o estructural ante el que nos sentimos indefensos. “En algunos sectores se atribuye una importancia excesiva al pecado llamado ‘estructural’, como si el pecado fuera únicamente el signo y la consecuencia de las estructuras sociales injustas” (Falcao-Brasil). El Cardenal Landázuri atribuiría esta responsabilidad a “la perniciosa influencia entre los fieles, principalmente entre jóvenes, de ciertas corrientes teológicas que aminoran y prácticamente ignoran el pecado personal, acentuando con exageración el pecado colectivo de las estructuras sociales”.

Otras intervenciones quisieron dar la impresión de que extendían y profundizaban el sentido de pecado estructural, aunque en realidad sólo lo aplicaban a un terreno distinto, más atomizado y

menos englobante. “Si el término ‘pecado social’ resulta legítimo, adviértase que no se puede reducir, no obstante su grande importancia, a la mera dimensión de la justicia social. Merecerían igualmente el nombre de pecados sociales el erotismo, la permisividad, la poligamia, la educación atea de los niños, la legislación abortiva, etc...” (López Trujillo-Colombia).

Otros, en fin, mostraron su disconformidad de manera más directa señalando responsables y pidiendo en algún caso, en un Sínodo sobre la reconciliación, la condenación de otros cristianos. Se desvió así la atención del problema urgente de millones de personas para enfrascarse en una disputa intraclesiástica. Fue un fenómeno exclusivamente latinoamericano. También aquí se distinguió el Brasil, aunque no estuvo solo.

“En la Iglesia de nuestros días —diría E. Araujo Sales, Arzobispo de Río de Janeiro— la loable preocupación por las injusticias sociales asume con frecuencia una óptica exasperada considerando el llamado ‘pecado social’ como si fuera el único pecado. Se habla de la necesidad de ‘practicar la denuncia profética’. Pero es necesario observar si en esa denuncia predomina el espíritu de Dios o, por el contrario, prevalecen principios de ideologías contrarias a la doctrina social de la Iglesia. No se puede afirmar que todas las personas pecan si viven dentro del contexto de una legislación predominantemente opresora, cuan-

do no se puede remediar de un modo seguro y concreto ese estado de cosas”.

“Dentro del tema del Sínodo —señalaría esta vez el Arzobispo de Aracajú, J. Cabral Duarte— quiero hablar de los problemas suscitados en toda la América Latina por la ‘teología de la liberación’. Esta ‘teología’ impone en muchos ambientes las categorías del marxismo. Este modo de pensar domina en muchos seminarios y universidades católicas. Creo que el Sínodo debería pronunciarse sobre esta reconciliación urgente de muchas inteligencias católicas con el magisterio supremo de la Iglesia”.

Y A. Troyo Calderón, Auxiliar de San José de Costa Rica clamaría que “uno de los pecados, raíz de las divisiones ‘intolerables’ al interior de la Iglesia, es ‘la gran miseria y penuria de la verdad’ (Pablo VI). La penuria de verdad conduce al planteamiento de doctrinas teológicas marcadas por la alergia y oposición sistemática al Magisterio; por el recurso a metodologías ideológicas que desembocan en concepciones abiertamente marxistas. Lleva igualmente a relecturas del Evangelio; a opciones pastorales sociopolíticas; al recurso a la violencia en la opción preferencial por los pobres; a la participación directa en la guerrilla y el terrorismo; al fortalecimiento, con todas sus consecuencias, de la mal llamada ‘Iglesia popular’. A esto se agrega la actitud tenaz de quienes propugnan estas ideas, por llevarlas a los centros de formación, no sólo de laicos, sino también, y preferentemente, de sacerdotes y religiosos”.

Todavía podríamos resaltar, como postura diferente, la de quienes, representando a naciones profundamente problematizadas, guardaron un escandaloso silencio. Así S. Naidoo, de Sudafrica, donde se practica abiertamente el “apartheid”, se mostró preocupado únicamente por algunas minucias en la celebración del rito; y F. Colimón, de Haití, donde aún perdura el sistema de esclavitud, se remontó a hablar del carácter salvífico de la Trinidad y la devoción a María Inmaculada.

Algunos periodistas llamaron la atención sobre la flagrante diferencia de opinión entre los Obispos presentes en el Sínodo por elección de las Iglesias Nacionales y los designados por el Vaticano. Se comentaba también la curiosa coincidencia por la que una mano invisible intercalaba a unos y otros en la lista de intervenciones en un contrapunteo difícil de disimular.

Terminó así la primera ronda.

Era el momento de reunirse por grupos lingüísticos, para recoger los aportes y preparar las recomendaciones que el Sínodo debía proponer al Papa.

EN BUSCA DEL CONSENSO

A distancia no podemos saber cómo afectó la discusión anterior a los presentes. Pero al parecer les hizo mella. Lo que al principio había sido señalado por el Cardenal Relator como "el fin fundamental del Sínodo" quedó silenciado. Las inquietudes traídas desde el contacto con las propias diócesis cedía terreno ante presiones más cercanas e inmediatas. Esa sería la queja que expresaría después en el Aula Ivo Lorscheider, Presidente de la Conferencia Episcopal Brasileña: En las relaciones de los grupos "no se ha hablado suficientemente de los pobres y del papel de la Iglesia para con los pobres. La Iglesia en América Latina, en el Documento de Puebla, manifestó solemnemente su 'opción por los pobres', opción ciertamente no exclusiva, pero sí prioritaria. En dicho documento se entiende por pobres aquellos que carecen de bienes materiales o de una participación social y política. La Iglesia quiere asumir la causa de los pobres con medios evangélicos, ciertamente, pero sin dudas y sin ambigüedades".

Vendría una vez más en su ayuda el Cardenal A. Lorscheider: "Hay que aclarar bien el concepto de 'pecado estructural'. Existe un sistema socio-político-económico-cultural que es contrario al Evangelio. Es un sistema que antepone la técnica a la ética, las cosas a la persona, la materia al espíritu. Un sistema que hace a los ricos cada vez más ricos a costa de los pobres, que son cada vez más pobres. Es un sistema que amplía enormemente la parábola bíblica del rico Epulón y del mendigo Lázaro. Ante este sistema, los cristianos no pueden permanecer indiferentes. El cambio de estructuras no sólo es necesario, sino que obliga en conciencia. Se trata de una situación estructural pecaminosa o de un sistema antievangélico, y por lo mismo de un sistema de pecado".

El japonés S.F. Hamao remataría el veredicto. "La Iglesia espera del Sínodo un paso positivo hacia la realización de la paz en el mundo, y no espera que se limite a estudiar únicamente los problemas internos de la Iglesia".

Los últimos días fueron de trabajo apretado y movimientos rápidos. Faltaba pulsar la opinión de los muchos que no habían expresado ningún parecer durante las discusiones. Había que

decidir también si el Sínodo se iba a limitar a preparar una lista de proposiciones para el Papa o iba a enviar además un mensaje a la Iglesia y al mundo.

Al final la Asamblea decidió encargarse a una comisión la elaboración de un breve mensaje. Formaban esta comisión los cardenales Paulo Evaristo Arns, Arzobispo de Sao Paulo (Brasil); George Basil Hume, Presidente de la Conferencia Episcopal de Inglaterra y Gales; Jaime L. Sin, Arzobispo de Manila (Filipinas); Paul Zoungana, Arzobispo de Uagadugu (Alto Volta); y el Arzobispo John Robert Roach, Presidente de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos. Con ello los participantes favorecían abiertamente a quienes se habían expresado en el aula de una manera más comprometida.

"El corazón humano —comenzaba el Mensaje— clama incesantemente por liberarse de sus angustias y satisfacer sus anhelos. Nosotros, los obispos procedentes de todos los países del mundo y congregados en Sínodo, juntamente con el Santo Padre, nos sentimos unidos a vosotros en el dolor y la esperanza".

A lo largo del mensaje se lamentan "los males que en el mundo de hoy impiden a los hombres la posibilidad de una auténtica liberación y el logro de la plenitud de la misma vida humana". Se mencionan en particular "la privación de los derechos humanos, los obstáculos a la libertad religiosa, toda discriminación racial, toda gueña de agresión, la acumulación de arsenales, la injusta distribución de los recursos del mundo y esas estructuras con las que los ricos se hacen cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres".

"...Ante todo, como cristianos, pedimos perdón por nuestros fallos y pecados, que han sido causas de muchas

divisiones ... como Cristo estamos identificados con los pobres, con los que sufren, con los oprimidos, con toda la humanidad ... Hacemos un llamamiento para una mayor armonía dentro de nuestra misma Iglesia ... La Iglesia trabajará para superar las divisiones y tensiones del mundo ... La Iglesia jamás podrá aprobar estructuras económicas y políticas que perpetúan la injusticia. Utilizaremos la autoridad y fuerza de que disponemos para obtener la reforma efectiva de las desigualdades que existen entre el hemisferio norte y el hemisferio sur ... El Sínodo reconoce que muchos quieren realizar el cambio pero carecen de poder para ello. Así pues hacemos una llamada a todos los que tienen el poder para que aúnen los esfuerzos necesarios en orden a lograr una sociedad más pacífica y más justa".

Una indicación ulterior del estado de ánimo general serían los nombres de los elegidos para formar parte del Consejo de la Secretaría General del Sínodo hasta la próxima Asamblea. Por Latinoamérica los asistentes eligieron a los cardenales Arns y Lorscheider, confirmando una vez más sus preferencias. Unos días más tarde el Papa, por su parte, designaría a Mons. López Trujillo.

Faltaba aprobar el mensaje. No a todos convencían sus formulaciones. A unos porque les parecieron demasiado abstractas y a otros porque veían en él una derrota de sus posiciones. Pero el texto obtuvo al fin el apoyo de "una amplia mayoría". El reto había sido recogido. La fuerte discusión interna no impidió la toma de postura. Por supuesto, falta lo más importante. Lograr que el Mensaje del Sínodo no sea otro papel mojado, sino que obtenga la unidad interna de la Iglesia en torno a sus propuestas.

